"MARCADO POR TU HIERRO"
Versos sobre Dios de 27 poetas del siglo xx

II Congreso Internacional *Autores en busca de Autor*
Facultad de Humanidades de Toledo. Universidad de Castilla-La Mancha
20–21 de septiembre de 2018

Antonio Barnés
Universidad Complutense

La antología sobre la presencia de Dios en la poesía hispánica de Ernestina de Champourcin *Dios en la poesía actual: Selección de poemas españoles e hispanoamericanos*, (Madrid, Editorial Católica, 1972), ofrece en 420 páginas un amplio corpus de poemas de 106 autores.

En este trabajo hemos seleccionado una serie de metáforas sobre Dios allí halladas que hemos ordenado en cinco áreas temáticas: Quién es Dios; Naturaleza y Dios; Dios humanado y humanante; Dios dudado y creído; y En intimidad con Dios. Los protagonistas de este estudio son los fragmentos poéticos; las glosas solo pretenden ser síntesis de lo que dicen los poemas. Todos los textos proceden de la edición de Champourcin.

Quién es Dios

La belleza y el bien que no se miden, / el carbón superado en los diamantes, / el fuego alado y el alado aire, / todo está en Ti, todo eres Tú, Tú eres, / ¡oh Padre universal, extenso Padre! / Por mi perfecta célula y el alma / que a Ti elevo en jornadas de alabanza, / por la piedra que calla, / por el río que canta, / gracias, Señor, mi Dios, tan necesario / que hasta el monstruo te ama. (Juana de Ibarbourou).

Tu palabra no muere, nunca muere... / porque no vive... / no muere tu palabra omnipotente, / porque es la vida misma, / y la vida no vive... / no vive, vivifica... (Miguel de Unamuno)

Luz inmortal, Señor, luz de los cielos, / fuente de amor y causa de la vida. (Enrique Díez-Canedo)

Dios deseado y deseante, / siempre verde, florido, fruteado, / y dorado y nevado, y verdecido / otra vez. (Juan Ramón Jiménez)

¿Para ellos solamente queda tu entraña fría, / sordo tu oído fino y apretados tus ojos? / Tal el hombre asegura, por error o malicia; / mas yo, que te he gustado, como un vino, Señor, / mientras los otros siguen llamándote Justicia, / no te llamaré nunca otra cosa que ¡Amor! / Yo sé que como el hombre fue siempre zarpa dura; / la catarata, vértigo, aspereza la sierra, / ¡Tú eres el vaso donde se esponjan de dulzura / los nectarios de todos los huertos de la Tierra! (Gabriela Mistral)

> Así, en tu mano. / Igual que en el mar, en la mano tuya: / abierta, infinita mano ilimitada, / que sostiene mi cuerpo sin tensión... / Tú, el mar. El mar, Tú. / La ola, tu mano; la mano, tu ola. (Carmen Conde)

Dios es extenso, como extensa es su obra y su presencia (Ibarbourou). Su palabra (Dios habla) es causa de la vida (Unamuno). Es luz inmortal y fuente de amor (símbolos visibles) y causa (concepto filosófico) de la vida (Díez-Canedo). Dios es objeto y sujeto de deseo a un tiempo, y es definido con adjetivos de la naturaleza visible (verde, florido, fruteado, / y dorado y nevado, y verdecido), que reflejan el paso de las estaciones (Juan Ramón). ¿Es Dios la naturaleza, el tiempo, el devenir, el cosmos? Pero es un interlocutor, un yo a quien se habla, de quien se espera respuesta. No es una simple fuerza cósmica. Es Alguien. Su nombre es Amor. Y la metáfora es “vaso donde se esponjan de dulzura / los nectarios de todos los huertos de la Tierra” (Mistral). Es una mano inmensa como el mar siempre sostenedora, nunca ahogadora para el hombre que se arroja sobre ella (Conde).

> Bendice, alma mía, al Señor. / Señor, Dios mío, Tú eres grande, / estás vestido de energía atómica / como de un manto. (Ernesto Cardenal).

> Tú eres el Hombre, la Razón, la Norma, / tu cruz es nuestra vara, la medida / del dolor que sublima, y es la escuadra / de nuestra derechura: ella endereza / cuando caído al corazón del hombre. (Unamuno)

> Nacías como un río de Ti mismo, / comías de tu Ser, y en tus orillas / comenzabas de nuevo más profundo, (José Luis Martín Descalzo)

El Dios bíblico, el Señor a quien se dirigen los salmos, puede revestirse de energía atómica. Los salmos permiten ser releídos a la luz de la ciencia contemporánea (Cardenal). El Camino, Verdad y Vida opuesto al hombre–medida de todas las cosas renace en la pluma de Unamuno, que denomina a Cristo *Hombre* con mayúscula, Razón (logos) y Norma, Ley. Dios no es mero motor inmóvil o arquitecto del universo, se ocupa del corazón, el sagrario del hombre. Y las procesiones *intratrinitarias* pueden expresarse desde la razón simbólica como río que nace dentro de la intimidad de Dios (Martín Descalzo).

Naturaleza y Dios

> Con la ciudad enfrente me hallo solo / y Dios entero / respira entre ella y yo toda su gloria. A la gloria de Dios se alzan las torres, / a su gloria los álamos, / a su gloria los cielos, / y las aguas descansan a su gloria. (Unamuno)

> [La naturaleza…] …palabras de Dios limpias de todo querer humano, [o] la oración de Dios que se regala cantándose a sí mismo, y así mata las penas. (Unamuno)

> Y ahora dime, Señor, dime al oído: tanta hermosura / ¿matará nuestra muerte? (Unamuno)

> Dios no es el mar, está en el mar; riela / como luna en el agua o aparece / como una blanca vela; / en el mar se despierta o se adormece. (Antonio Machado)

> Yo le diré: Señor, te amé. Te amaba / en los montes, cuanto más altos, cuanto más desnudos, (Dámaso Alonso)

> ¡Ver la luz amanecer por oriente, y entre la aborrascada / nube preñada / contemplar un instante la purísima frente divina destellar, / y esos inmensos ojos bienhechores / donde el mundo alzado quiere entero copiarse / y mecerse en un vaivén de mar, (Vicente Aleixandre)

> Dios está entre los aires vivo y puro, / pero durante el día / su presencia de luz se desvanece / ante la claridad que dulce gira. / Cuando llega el crepúsculo, / lenta aparece en la vibrante cima / de los aires su forma en resplandores, / su presencia purísima. / Hace falta la noche para verte / entero, ¡oh Dios! Entre la noche viva / quiero tenerte, ver tus ojos puros / que lucientes me miran. / Mucha noche hace falta en las estrellas, / pero más en el alma se precisa. (Carlos Bousoño)

Dios entero respira su gloria, una gloria a la que se consagra la creación humana (torres) y la creación divina (álamos, cielos, aguas). Porque la naturaleza no es otra cosa que palabras de Dios. La naturaleza puede leerse y desde ella vislumbrarse al Escritor. La palabra de Dios es oración: la Oración que vierte en su intimidad *tripersonal* y es sanadora (Unamuno). ¿No habíamos convenido en que su palabra vivificaba? ¿Esa hermosura del Mundo, trasunto de la Hermosura divina no será testimonio de nuestra inmortalidad? ¿Dios es la Madre naturaleza? No, dice Antonio Machado: Dios no es el mar, está en el mar. Pero Dios no está en la naturaleza del mismo modo. Se le encuentra más fácilmente en las alturas de montaña (Dámaso Alonso), en el amanecer, donde se atisba la frente divina (Vicente Aleixandre), o en el crepúsculo y aún la noche, siempre que la noche penetre en la propia alma (Carlos Bousoño).

> No estás sólo en los templos, Corzo vivo. / También en las fontanas y en los bosques, / en las disueltas sangres de los lagos, / en los puros espacios de las almas. (Concha Zardoya)

> Dios estuvo en los bosques como un sordo terror. / Dios caminó en los ríos con sandalias de luz. / Luego, como en la entrega de un absoluto Amor, / Dios estuvo en la Cruz. (José María Pemán)

> Oh, forma sacratísima, vértice de las flores, / donde todos los ángulos toman sus luces fijas, / donde número y boca construyen un presente / cuerpo de luz humana con músculos de harina! (Federico García Lorca)

También en el siglo XX Dios puede ser simbolizado con un hermoso y huidizo animal: el corzo (Zardoya). Pero la metáfora de naturaleza tangible pierde drásticamente su condición metafórica para el creyente en el Dios-Hombre Cristo que realmente caminó sobre las aguas y fue clavado en una cruz (Pemán). Lo cual se hace aún más tremendo en el estado eucarístico de pan consagrado donde no solo Dios posee un cuerpo sino unos "músculos de harina" (Lorca).

Dios humanado y humanante

Vaso me hiciste, hermético alfarero, / y diste a mi oquedad las dimensiones / que sirven a la alquimia de la carne. (Ángela Figuera)

Cantaban las mujeres por el muro clavado /cuando te vi, Dios fuerte, vivo en el Sacramento, / palpitante y desnudo, como un niño que corre / perseguido por siete novillos capitales. (Lorca)

Dios en mantillas, Cristo diminuto y eterno, / repetido mil veces, muerto, crucificado / por la impura palabra del hombre sudoroso. (Lorca)

Qué tristeza me das, Dios, Dios, sin nadie / que te descanse, Dios, de tu grandeza, / que te descanse de ser Dios, sin nada / que te pueda inquietar o te comprenda. (Ramón de Garciasol).

Pero aún es más prodigio que Dios mismo / tenga y siga teniendo sed de hombre, sed de hombres. (Gerardo Diego)

Sopla, Señor, en mi rescoldo; avienta / su ceniza mortal, residuo inerte / de lo que se quemó para tu afrenta. / Y alza tu voz sobre mi suelo, y fuerte, / para que, en mar y cielo, yo la sienta / venir desde mi cuna hasta mi muerte. (Juan José Domenchina)

Dios el creador, el alfarero. Y nosotros los vasos (Figuera). Mas he aquí que los vasos pueden rebelarse y perseguir al creador humanado como se persigue a un niño indefenso, que antes fue bebé y luego será hombre crucificado por el pecado, esa "impura palabra del hombre sudoroso" (Lorca), hasta el punto de que Dios puede ser objeto de compasión (Garciasol). Pero más prodigio aún es que Dios siga teniendo sed de los hombres (Gerardo Diego). El vaso rebelado puede hallar perdón. Dios puede soplar sobre él y aventar las pavesas del pecado (Domenchina).

Dios dudado y creído

¿Eres Tú creación de mi congoja, / o lo soy tuya? (Unamuno)

Di el por qué del por qué, ¡Dios de silencio! (Unamuno)

¡Follaje de la vida, / raíces de la muerte... / eso son sus palabras nada más! (Unamuno)

Fantasma de mi pecho dolorido; / proyección de mi espíritu al remoto / más allá de las últimas estrellas; / mi yo infinito; / sustanciación del eternal anhelo; / sueño de la congoja; / Padre, Hijo del alma; (Unamuno)

Ve, ya no puedo más, de aquí no paso, / de aquí no sigo, / aquí me quedo, / yo ya no puedo más, ¡oh Dios sin nombre! (Unamuno)

Mientras él, ocultándose en la luz, / deslumbra, / y en polvareda y niebla a mí me deja / atónito, ignorante peregrino. (Jorge Guillén)

Ya todo es sombra y olvido / y abandono de mi ser. / Ponme la venda en los ojos. / Ponme tus manos también. / Quiero creer. (Gerardo Diego)

Llegué a odiar tu presencia. Odiemos, dije, / al Inasible. ¡Ah, sí! Pero el suplicio / se hizo mayor. Mi sed ardía sola. / Como una ola, me anegaste Tú. / Y fui llama en furor. Pasto de luz, / viento de amor que, arrebatadamente, / arrancaba las frondas y las iba / subiendo, sí, subiendo hasta tu cielo. / Allí, mecidas, en vaivén de céfiro, / en finísima luz y aguas de oro, / gozan la paz, parece que te miran, / ¡oh serena Verdad!, con mis dos ojos... (Blas de Otero)

Mendigo es el que dice: / ¿Y si Dios no existiera? (Gloria Fuertes)

Dios, invención admirable, / hecha de ansiedad humana / y de esencia tan arcana, / que se vuelve impenetrable. / ¿Por qué no eres Tú palpable / para el soberbio que vio? / ¿Por qué me dices que no / cuando te pido que vengas? / Dios mío, no te detengas, / o ¿quieres que vaya yo? (Guadalupe Amor)

Te persigo en el bosque detrás de cada tronco. / Te busco por el fondo de las aguas sin luz. / ¡Oh cosas: apartaos, dadme ya su presencia / que tenéis escondida en vuestro oscuro seno! / Marcado por tu hierro vago por las llanuras, / abandonado, inútil, como una oveja sola... / Hombre de Dios me llamo. Pero sin Dios estoy. (José María Valverde)

Yo sé que tu silencio tiene clara / voz, indistinta voz, para un oído / que percibe tu verbo y su sentido. (Domenchina)

Me preguntan los hombres: «¿No has dudado?» / ¡Cómo pude dudar, pues te sentí! / ¡Si fuiste mi tormento exasperado, / si con hierro candente me has sellado / para Ti! (Cristina de Arteaga)

Unamuno traza el itinerario de la duda: Dios, ¿nos has creado o te hemos creado nosotros? ¿Por qué tu silencio? ¡Sí, eres fantasma, proyección, sueño! Hasta reconocer nuestros propios límites: ya no puedo más, de aquí no paso. Pero con Guillén nos planteamos, ¿Dios es ausencia de luz o exceso de luz? Y grita Gerardo Diego: ¡no veo, pero quiero creer! Eso es la fe: creer sin ver. *Odi et amo:* Blas de Otero pasa del odio al amor, quien duda es un mendigo, dice Gloria Fuertes, y Guadalupe Amor pregunta ¿es Dios quien no sale o yo quien no salgo a su encuentro? Valverde le busca como la amada al Esposo: "Marcado por tu hierro vago por las llanuras, / abandonado, inútil, como una oveja sola..." Y ahora es Domenchina tal que Guillén o Guadalupe Amor quien se plantea si el llamado silencio de Dios no es más bien cera en nuestros oídos. Valverde se sentía marcado por el hierro de Dios; Cristina de Arteaga se ve sellada por su hierro candente: ¡No puedo dudar!

En intimidad con Dios

Anoche cuando dormía / soñé, ¡bendita ilusión!, / que era Dios lo que tenía / dentro de mi corazón.

Anoche soñé que oía / a Dios, gritándome: ¡Alerta! / Luego era Dios quien dormía, / y yo gritaba: ¡Despierta! (Antonio Machado)

Dios del venir, te siento entre mis manos; / aquí estás enredado conmigo, en lucha hermosa / de amor, lo mismo / que un fuego con su aire. (Juan Ramón)

¡Qué dulce sueño, en tu regazo, madre, / soto seguro y verde entre corrientes rugidoras, / alto nido colgante sobre el pinar cimero, / nieve en quien Dios se posa como el aire del estío, en / un enorme beso azul, / oh tú primera y extrañísima creación de su amor! (Dámaso Alonso)

Dios te perdone. Tu verdad amaste / sobre todas las cosas: Y Dios era / tu agonía y la luz que nunca hallaste. / Allí donde él, intacto, nos espera, / serás—¡quién como Dios!, ¿te congraciaste / ya con la gracia?—vida verdadera. (Domenchina)

Te sentía quemándome / fundirte derretido.

Transfigúrame. / Señor, transfigúrame. / Traspáseme tu rayo rosa y blanco

Y no cerrar mis párpados / como ellos los cerraban / con tu llaga de luz sustituyéndote / en inconsútil túnica incesante, / y dentro Tú manando faz de Dios;

Y luego, ya trazados, ya cumplidos / en su tránsito, pávidos de hombres, / hiérelos, acribíllalos, / hazlos flecos de Ti, rayos no ajenos, / ellos siempre aunque en Ti glorificados. (Gerardo Diego)

Yo, que he escuchado tu callar, he sido / tu voz. Tú me mandaste que cantara / la gloria ilesa de tu amor herido. (Domenchina)

Se casaban el gozo y las querellas, / y la razón y la locura. / Se casaba el Creador con la criatura; / ¡se casaba el Amor! / La pasión se casaba con la Idea. / La nada peleaba con el soplo creador. / ¡Y de aquella pelea / nacía más Amor! (Pemán)

Mi sed eras tú, tú fuiste mi amor perdido, / mi casa rota, mi vida trabajada y la casa y la vida / de tantos hombres como yo a la deriva / en el naufragio de un país. Levantados de naipes, / uno tras otro iban cayendo mis pobres paraísos. / ¿Movió tu mano el aire que fuera derribándolos, / y tras ellos, en el profundo abatimiento, en el hondo / vacío, / se alza al fin ante mí la nube que oculta tu presencia? / No golpees airado mi cuerpo con tu rayo; / si el amor no eres tú, ¿quién lo será en tu mundo? / Compadécete al fin, escucha este murmullo / que ascendiendo llega como una ola / al pie de tu divina indiferencia. (Luis Cernuda)

Soy un agua sin cauce. Deténme en tu pozo. Cíñeme en /tus lisas paredes invisibles. Conténme en Ti. Aprisióname. (Ernestina de Champourcin)

¿Dónde estás, Dios? ¿En mis sueños? (Antonio Machado); ¿en mis manos? (Juan Ramón); ¿en mi madre? (Dámaso Alonso); ¿en mi agonía? (Domenchina) ¿en mi alma? (Gerardo Diego): transfigúrame, quémame, hiéreme. Tú también estás herido (Domenchina). Cásate conmigo, oh creador (Pemán). Tú fuiste mi amor perdido, compadécete (Cernuda). Conténme en Ti. Aprisióname. (Ernestina).

Glosas agrupadas

Dios es extenso, como extensa es su obra y su presencia (Ibarbourou). Su palabra (Dios habla) es causa de la vida (Unamuno). Es luz inmortal y fuente de amor (símbolos visibles) y causa (concepto filosófico) de la vida (Díez-Canedo). Dios es objeto y sujeto de deseo a un tiempo, y es definido con adjetivos de la naturaleza visible (verde, florido, fruteado, / y dorado y nevado, y verdecido), que reflejan el paso de las estaciones (Juan Ramón). ¿Es Dios la naturaleza, el tiempo, el devenir, el cosmos? Pero es un interlocutor, un yo a quien se habla, de quien se espera respuesta. No es una simple fuerza cósmica. Es Alguien. Su nombre es Amor. Y la metáfora es "vaso donde se esponjan de dulzura / los nectarios de todos los huertos de la Tierra" (Mistral). Es una mano inmensa como el mar siempre sostenedora, nunca ahogadora para el hombre que se arroja sobre ella (Conde).

El Dios bíblico, el Señor a quien se dirigen los salmos, puede revestirse de energía atómica. Los salmos permiten ser releídos a la luz de la ciencia contemporánea (Cardenal). El Camino, Verdad y Vida opuesto al hombre como medida de todas las cosas renace en la pluma de Unamuno, que denomina a Cristo: Hombre con mayúscula, Razón (logos) y Norma, Ley. Dios no es mero motor inmóvil o arquitecto del universo, se ocupa del corazón, el sagrario del hombre. Y las procesiones *intratrinitarias* pueden expresarse desde la razón simbólica como río que nace dentro de la intimidad de Dios (Martín Descalzo).

Dios entero respira su gloria, una gloria a la que se consagra la creación humana (torres) y la creación divina (álamos, cielos, aguas). Porque la naturaleza no es otra cosa que palabras de Dios. La naturaleza puede leerse y desde ella vislumbrarse al Escritor. La palabra de Dios es oración: la Oración que vierte en su intimidad *tripersonal* y es sanadora (Unamuno). ¿No habíamos convenido en que su palabra vivificaba? ¿Esa hermosura del Mundo, trasunto de la Hermosura divina no será testimonio de nuestra inmortalidad? ¿Dios es la Madre naturaleza? No, dice Antonio Machado: Dios no es el mar, está en el mar. Pero Dios no está en la naturaleza del mismo modo. Se le encuentra más fácilmente en las alturas de montaña (Dámaso Alonso), en el amanecer, donde se atisba la frente divina (Vicente Aleixandre), o en el crepúsculo y aún la noche, siempre que la noche penetre en la propia alma: la noche oscura del alma (Carlos Bousoño).

También en el siglo XX Dios puede ser simbolizado en un hermoso y huidizo animal: el corzo (Zardoya). Pero la metáfora de naturaleza tangible pierde drásticamente su condición metafórica para el creyente en el Dios-Hombre Cristo que realmente caminó sobre las aguas y fue clavado en una cruz (Pemán). Lo cual se hace aún más tremendo en el estado eucarístico de pan consagrado donde no solo Dios posee un cuerpo sino unos "músculos de harina" (Lorca).

Dios el creador, el alfarero. Y nosotros los vasos (Figuera). Mas he aquí que los vasos pueden rebelarse y perseguir al creador humanado como se persigue a un niño indefenso, que antes fue bebé y luego será hombre crucificado por el pecado, esa "impura palabra del hombre sudoroso" (Lorca), hasta el punto de que Dios puede ser objeto de compasión (Garciasol). Pero más prodigio aún es que Dios siga teniendo sed de los hombres (Gerardo Diego). El vaso rebelado puede hallar perdón. Dios puede soplar sobre él y aventar las pavesas del pecado (Domenchina).

Unamuno traza el itinerario de la duda: Dios, ¿nos has creado o te hemos creado nosotros? ¿Por qué tu silencio? ¡Sí, eres fantasma, proyección, sueño! Hasta reconocer nuestros propios límites: ya no puedo más, de aquí no paso. Pero con Guillén nos planteamos, ¿Dios es ausencia de luz o exceso de luz? Y grita Gerardo Diego: ¡no veo, pero quiero creer! Eso es la fe: creer sin ver. *Odi et amo:* Blas de Otero pasa del odio al amor, quien duda es un mendigo, dice Gloria Fuertes, y Guadalupe Amor pregunta ¿es Dios quien no sale o yo quien no salgo a su encuentro? Valverde le busca como la amada al Esposo: "Marcado por tu hierro vago por las llanuras, / abandonado, inútil, como una oveja sola..." Y ahora es Domenchina como Guillén o Guadalupe Amor quien se plantea si el llamado silencio de Dios no es más bien cera en nuestros oídos. Valverde se sentía marcado por el hierro de Dios; Cristina de Arteaga se ve sellada por su hierro candente: ¡No puedo dudar!

¿Dónde estás, Dios? ¿En mis sueños? (Antonio Machado); ¿en mis manos? (Juan Ramón); ¿en mi madre? (Dámaso Alonso); ¿en mi agonía? (Domenchina) ¿en mi alma? (Gerardo Diego): transfigúrame, quémame, hiéreme. Tú también estás herido (Domenchina). Cásate conmigo, oh creador (Pemán). Tú fuiste mi amor perdido, compadécete (Cernuda). Conténme en Ti. Aprisióname. (Ernestina).